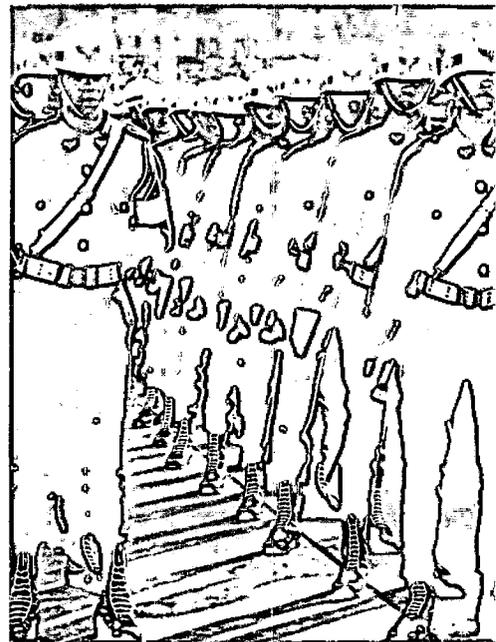




Las crisis políticas latinoamericanas y el MILITARISMO



ISAAC SANDOVAL RODRIGUEZ

¿Son los militares sustentadores del statu quo? El Dr. Isaac Sandoval trata de responder a esta pregunta en el presente artículo. Reseña actitudes y hechos políticos del Ejército en Latinoamérica y especialmente en su país, Bolivia.

A través de su análisis intenta dibujar la senda recorrida por el militarismo tradicional. Sus planteamientos, tal vez, reflejen, al menos en buena parte, la actuación de los militares latinoamericanos en el último siglo. Esta generalización, aunque útil para definir una etapa ¿no puede aparecer como unilateral, corriendo el serio peligro de no recoger concepciones y hechos fecundos que vienen haciéndose más o menos insistentemente en estos últimos años?

Sin desear avalar su contenido, SIC presenta a sus lectores este artículo, que ofrecerá sin duda, opiniones contrastantes.

El Dr. Isaac Sandoval, Ministro de Trabajo durante el gobierno del General Torres en Bolivia hasta su derrocamiento, en diferentes oportunidades ha publicado ensayos de Sociología Política sobre Latinoamérica y Bolivia. Es especialista en Derecho Laboral y Derecho Comparado. Actualmente es profesor ordinario de la Universidad de Carabobo. N. de la R.

La actuación del militarismo latinoamericano en el quehacer político nacional, no es el resultado de un fenómeno aislado, accidental. Mucho se ha insistido, a manera de especulación teórica, acerca de esta manifestación política y de sus alcances mediatizadores en la sociedad global, pero no se ha logrado descubrir el parámetro regulador de esta participación, a veces consentida y aceptada como un determinismo salvador. El hecho en sí, en su primera apreciación, exterioriza una aguda carencia de observación, de sentido crítico, que a la larga supone una alteración de los valores políticos, haciendo depender el acontecer histórico de circunstancias fortuitas, contingentes. Esta ignorancia política que caracteriza a varios historiadores de renombre, no se debe a la ausencia de posturas ideológicas, que en variedad de gamas partidarias asignan al Ejército un papel protector del "statu quo", sino más bien tiene su origen en el sometimiento mental, a manera de estrategia, admitido en varios sectores políticos de clase media. Sin desdeñar tampoco, como algo afín, la paralogización de otros sectores de opinión -pseudo izquierdismo-, arrastrados al torbellino inmediatista por el influjo de la propaganda o por la propia ubicuidad de las personas.

No obstante la ninguna validez teórica, en Latinoamérica el consenso acerca de que el Ejército siempre ha actuado en política, se ha vuelto para los grupos de derecha una regla axiomática. En base a la misma, los núcleos representativos de la clase media y no pocos independientes con hábil capacidad de maniobra, encuentran en el golpe de Estado el normal desenlace de los acontecimientos históricos. Ocurre, por lo tanto, que en el devenir político latinoamericano, el golpe militar vendría a ser una necesidad. Para armar el andamiaje doctrinal, estos ideólogos recurren a viejos y conocidos enunciados liberales, como el de la unidad indisoluble de la institución castrense, el espíritu de cuerpo, la disciplina estamental, la posición estructural jerarquizada, además de toda suerte de "tabúes" o mitos que en el contexto social buscan alterar la escala de valores, a fin de convertir el cuerpo profesional militar en una institución intangible, sagrada. Pero es más, en las crisis políticas se atribuye la propia alternabilidad a la ambición de de uno u otro coronel investido de mando, como si este único requisito fuera causa suficiente para algún cambio social.

En cuanto al abigarrado pensamiento izquierdista, éste no siempre es revelador de una explicación rigurosa. Se señalan

los elementos condicionantes de la intervención militar, a saber: la presencia dominante del imperialismo extranjero, de una oligarquía antinacional, de una mediocre burguesía nativa, etc., pero no se formula la interrelación económico-política consecuente (1). En otros casos, se cae en particularizaciones audaces sobre determinadas personalidades, como si los hechos históricos dependieran de aptitudes meramente individuales, olvidando que los modos de producción condicionan el proceso de la vida social, y que además hay otros factores supraestructurales de innegable importancia en las leyes del devenir social.

En el análisis sobre el militarismo o la situación de emergencia presente en los periodos de crisis políticas, no puede dejarse de lado la valoración de los elementos sociales, anímicos y de organización, que llegan a reunirse formando un todo indivisible en el sujeto persona o en el ente institucional. Esto es, la influencia de los centros de reclutamiento que proveen el personal militar, el medio cultural en que se desenvuelven, la formación que reciben, creadora de conceptos rígidos, estereotipados, alejados de la realidad social, además de toda suerte de motivaciones promovidas desde fuera, como es el caso de las doctrinas "contrainsurgencias" originarias de Francia, o "la guerra revolucionaria" y el "establishment" político de procedencia norteamericana (2).

Sin pretender ir más allá de la simple enunciación, las escuelas militares se encuentran entre las cuatro formas de educación superior: la universitaria, los seminarios, las escuelas militares y los pedagógicos. A manera de diferenciarlos, mientras los egresados de la educación universitaria y pedagógicos se incorporan a la naturaleza de la estructura social que los produce, identificándose con la problemática social nacional, los egresados de los seminarios e instituciones militares "son élites vinculadas con entidades extranacionales". Por un lado, los seminaristas forman parte de una comunidad mística mundial, con su centro de gravitación en el Vaticano; por otro los ejércitos latinoamericanos se encauzan hacia una afiliación continental mediante la suscripción de acuerdos y pactos internacionales dirigidos desde el país hegemónico del Norte (3).

En cuanto a la formación impartida en las escuelas militares, ésta es diametralmente opuesta a la que se otorga a nivel universitario. El plan de estudios es autoritario y de contenido doctrinario técnico, sin incursionar mayormente en el conocimiento científico ni humanista. Los patrones de conducta responden a normas rígidamente establecidas, combinadas con una posición estructural jerarquizada. El institucionalismo militar conlleva a la norma ritualista, al estereotipo formalista e intrascendente, distinto de la orientación universitaria cuyos patrones de conducta no caen en modelos rígidos y cuya posición estructural es colegiada.

EL MILITARISMO SALVADOR

El ejército latinoamericano, si es evidente que ha modificado su estructura interna en cuanto a los reglamentos acondicionadores de su conducta, superando el caudillismo localista vigente en el siglo pasado para convertirse en cuerpo regular profesionalizado, no es menos cierto que ha mantenido latente su espíritu de violencia. Está constante, que corresponde a la generalidad de nuestros grupos castrenses, convertida en preparación metódica eficiente a los fines de control mediante la fuerza, se ha dado en los moldes "liberal" y "desarrollista" a lo largo y ancho del Continente, donde las fuerzas de izquierda significan un real peligro. De esta suerte, desde los inicios del presente siglo, organizados ya los ejércitos oligarcas, el militarismo latinoamericano hace su inserción en un sistema internacional de dominación y definiendo, en la mayoría de los casos, intereses antinacionales en su doble papel de ente burocrático y guardia pretoriana.

El militarismo juega su rol en los periodos conocidos como de crisis política. O lo que viene a ser que, a las Fuerzas Armadas, les toca participar en no pocas misiones "salvadoras", en las que su estrategia, altamente tutelar, permi-

te el paso del poder político de un sector detentador de la economía nacional a otra fracción social que adquiere predominancia. Esta transferencial del poder de unas manos a otras, novedosa y en directa relación con hechos sociales y económicos intervinientes en la realidad nacional o mundial, cuenta con periodos más o menos largos, en los que las Fuerzas Armadas sirven de receptáculo del poder.

En las crisis políticas, caracterizadas por la presencia del Ejército en el manejo de la administración estatal, el poder central, a cargo de uno u otro coronel o general, conviértese en el órgano rector de la contienda partidaria bajo el argumento de que la nación necesita ingresar en una etapa de paz social, de orden y de democracia, aunque el propio golpe de Estado se encargue de barrer con todas las prácticas del formalismo democrático y con todas las supuestas garantías establecidas constitucionalmente. En esta forma, el Ejército pretende legitimar su intervención y asalto del poder político conciliando intereses con unos y otros sectores -casi siempre de derecha- en una transitoriedad que a veces puede prolongarse como régimen gubernamental, sin que le sea ajena la alternabilidad de los sujetos componentes de la alta dirección burocrática. De donde resulta, muy nítidamente, que en nuestras repúblicas reina periódicamente una democracia "con remiendos de cuarterl".

Es constante en los periodos de crisis políticas el gobierno autoritario, cuya presencia aparece inserta en el logro de la "paz social". Autoritarismo que históricamente pone su sello de barbarie y crueldad cuando la crisis política procede del caudillismo político, del deterioro de las fuerzas oligárquicas tradicionales, del ascenso de alguno de los sectores entroncados en las economías urbanas o de la movilización de éstas. También se repite la constante de violencia encubierta en el autoritarismo en las crisis generadas por el ascenso de masas ideológicamente identificadas con el cambio social y el declinar de las fuerzas políticas vinculadas a las burguesías nacionales e imperialista.

En estas circunstancias coyunturales, como ha ocurrido en Chile, Bolivia, Uruguay, se implanta el colonial fascismo, cuya expresión más acabada constituye el Brasil.

EL EJERCITO EN EL PROCESO HISTORICO LATINOAMERICANO

Para ingresar en el presente trabajo al desarrollo metodológico y al planteamiento de hipótesis, se puede decir que el proceso histórico latinoamericano, desde la crisis colonial hasta nuestros días, ha contado con la presencia de fuerzas militares que de una u otra manera han intervenido en el quehacer político. El imperativo de la guerra emancipadora primero, el caudillismo después, fisonomizan la existencia de fuerzas semi-regularizadas organizadas bajo la premura de las circunstancias. La razón de ser de los ejércitos libertarios, el hecho preciso de su aparición en los polos de crecimiento colonial más dinámicos del siglo XVIII, Argentina y Venezuela, así como la permanencia de la guerra de guerrillas en las áreas de los antiguos y decrecientes centros económicos, Bolivia y México, son acontecimientos que no pueden ignorarse en el estudio del proceso histórico latinoamericano. Mucho más si la concreción de los grandes Estados nacionales cierra el ciclo de la crisis colonial, que da lugar a la transferencia del poder político de los peninsulares a los criollos.

LA OLIGARQUIA Y EL CAUDILLISMO POLITICO

Pero es más. El caudillismo político que sigue a la gesta emancipadora, y que viene a ser la negación del pensamiento integracionista latinoamericano, tanto de Bolívar como de San Martín, encuentra su entroncamiento profundo en la voluntad de los terratenientes. Fraccionada la nación latinoamericana, conforme a las caprichosas demarcaciones coloniales convalidadas por el *uti possidetis juris*, se organizan los Estados nacionales sin otro miramiento que mantener indemne el orden social heredado. Se produce pues entre los americanos (criollos o españoles) y los peninsulares una separación de intereses,

un antagonismo, que a nivel político alcanza la categoría de independencia nacional.

Salvando la continuidad histórica, el caudillismo político que se manifiesta con la disolución de los grandes ejércitos, lleva en su contenido intrínseco el proceso deformante, regresivo, de la crisis colonial. El caudillismo encuentra en las delimitadas fronteras localistas su máxima expresión. Emerge, en esencia, en la época de los terratenientes y comerciantes portuarios, la más expresiva desintegración política. Crisis que viene a ser la segunda en la cronología histórica latinoamericana, en la cual el poder político de los criollos integracionistas, pertenecientes a la generación de los libertadores, cae en manos de los caudillos.

Los regímenes oligarcas perduran durante la mayor parte de la vida política latinoamericana. Desde mediados del siglo pasado, con muy ligeras variantes, hasta la crisis del 1929 controlan el poder. En la primera época, gobiernos autoritarios como los de Porfirio Díaz en México, Rosas en la Argentina, a la cabeza de ejércitos restauradores, centralizan la administración e imponen su dominación clasista. En otros casos, como ocurre en Chile, Bolivia, Uruguay, el predominio de la oligarquía latifundista o minera es tal que da lugar a una ordenada alternabilidad democrática y al imperio del legalismo constitucional.

A causa del propio proceso de cambio social, por las contradicciones del sistema capitalista y la política metropolitana impuesta, de inmediata repercusión en los países neocoloniales y dependientes, se operan modificaciones significativas en la relación de las fuerzas sociales. Las fracciones oligarcas, conservadoras unas, liberales otras (coloradas o blancas) aún conscientes de su rol de dominación social, se aferran a postulados ideológicos "tradicionales" o propiamente liberales, que les envuelven en apasionados debates teóricos, de los que se excluye la Iglesia. La época del régimen oligarca además, se caracteriza por la penetración de capitales extranjeros, una vez que ya han alcanzado las empresas un alto poder de concentración mundial imperialista.

Los liberales hacen guerra a los conservadores o viceversa. El ejército oligarca, en esta contingencia, no vacila en cumplir su papel de centinela del Estado burgués. No estando en peligro el statu quo, se aferra a sus cánones positivistas. El ejército sólo sabe obedecer, cuida las instituciones republicanas, el cumplimiento de las leyes, el principio de autoridad. Es el gendarme de un orden social considerado eterno, estructurado sobre verdades abstractas, trazos y líneas intangibles. El predominio de conservadores o liberales, sin embargo, significa el retorno del Ejército a sus cuarteles. La fuerza suprapartidaria, de árbitro de la contienda se convierte en guardia subordinada. Esto es lo que ocurre con nítidos caracteres en la Argentina del 1916 a la caída de Irigoyen, y en Chile de fines de siglo con el inmolado presidente Balmaceda.

LA BURGUESÍA EN ASCENSO

Varias son las causas intervinientes en la modificación del cuadro social oligarca y la quiebra de su poder real. La crisis del 1929 crea el pánico en Europa y el desequilibrio suficiente para que los países latinoamericanos puedan por un momento pensar en la realización de un modelo propio de desarrollo. "Este debilitamiento de los lazos económicos con la reducción de la intromisión metropolitana en América Latina, se inicia con la depresión del 1930, se mantiene con la recesión de 1937, y continúa con la segunda Guerra Mundial y la consiguiente reconstrucción hasta principios de la década del 1950..." (4). Pero además, hay otras causas internas importantes.

El desarrollo de algunos centros industriales en México, Brasil y Argentina, aun antes de la década del 1930, y el aprovechamiento de esta coyuntura por otros países de América Latina da lugar a un relativo incremento de las actividades productivas del sector secundario. Por su parte, el Estado ha permitido un ensanchamiento de su actividad a nivel económico-administrativo creando una frondosa burocracia, que sumada al incremento de las actividades de servicio urbano, deriva

en una significativa fuerza social. Estas fuerzas, incluyendo el proletariado manufacturero y al propiamente industrial, además del que labora en actividades primarias, se suman a la actividad política en boga, engrosando las filas de los movimientos nacionalistas y revolucionarios.

Aunque equívoca, porque la relación posterior existente trajo mayor dependencia y desigualdad entre las potencias hegemónicas y los países subdesarrollados, la fórmula de la burguesía dominante aglutina bajo el marco ideológico de la lucha antiimperialista diferentes clases sociales deslumbradas ante la aparente coincidencia en los objetivos de liberación nacional. Frente político que sumó incluso a las tradicionales fuerzas de izquierda, dando lugar a una viva polémica acerca del papel de lucha nacional o del internacionalismo de la clase obrera.

La política de sustitución de importaciones pretende convertirse en la fórmula mágica para acortar las distancias entre los países subdesarrollados y las potencias hegemónicas. El incentivo de la sustitución de importaciones, tendiente a la creación y expansión de un mercado interno de manufacturas y servicios que haga lucrativa cierta industrialización sustitutiva de bienes que antes se importaban, lleva a los países a una relación de explotación secundaria neocapitalista. "Esta vía de industrialización se cumple a través del cordón umbilical de la dependencia, bien sea mediante la inversión directa, bien mediante la indirecta de los capitalistas de los países dominantes. Aunque esta fase aparece como impulsada por los propios países dominados por sus clases propietarias y empresariales en realidad procede de la fase neocolonial de explotación primaria..." (5).

LA INSURGENCIA DEL POPULISMO DEMO-BURGUES

En verdad, en el proceso social no se dan saltos discontinuos o desarticulados. La crisis es la fase más aguda del cambio, pero el proceso se extiende mucho antes y mucho después de la zona crítica. En la tercera crisis política latinoamericana, crisis de la oligarquía e insurgencia del populismo demoburgués, se asumen posiciones muy claramente diferenciadas. Mientras las fuerzas dominantes del gran capital extranjero, en alianza con la oligarquía interna de estos países, se aferran tenazmente a las posiciones conquistadas y se empeñan en ampliarlas cada vez más, los pueblos toman conciencia de su papel histórico y desarrollan su capacidad y su voluntad de lucha para liberarse de la gran explotación externa e interna.

La transición operada a nivel de clases dominantes, entre la oligarquía tradicional y la burguesía industrial y comercial, más cerca del proletariado y de las capas medias urbanas que aquélla, se hace necesariamente la participación de las fuerzas armadas. Los golpes militares se suceden en este y otro punto, como una valla de contención social, y es clara la mi-



sión del Ejército de representar a las clases dominantes en uno de los propósitos más serios de retener el poder político.

Son dos las situaciones concretas que se presentan en este momento histórico: el nacionalismo a secas como bandera golpista y el populismo arrollador a nivel de caudillos, civiles o militares, dispuestos a officiar de intérpretes de la nueva situación creada en América Latina, aunque por su conformación de clases estos liderazgos son incapaces de ir más allá de algunas medidas demoburguesas. Así en Bolivia, mientras el general "rosquista" Blanco Galindo en 1930 reemplaza en la presidencia al dubitativo y peligroso derechista Hernando Siles a causa de sus contactos con la juventud universitaria, más tarde la misma clase dominante (barones del estaño) se ve obligada a delegar parte de su poder político a los militares que harían la transición. David Toro y German Busch (1935-1939), sin romper originariamente con la oligarquía (6), ejecutan algunas medidas nacionalistas, se autotitulan "socialistas", "corporativistas" y hasta "revolucionarios" en condiciones históricas singulares para el país. En la misma época, en Chile se habla con grandilocuencia del gobierno "socialista" de los militares Grove, Puga y Dávila, al tiempo que se impone desde arriba la discutida política populista del general Carlos Ibáñez del Campo.

Estos acontecimientos no son aislados. En Argentina, el general José Félix Uriburu reemplaza a Hipólito Irigoyen en la presidencia (1930), mientras que en México el gobernante Lázaro Cárdenas, entre 1934 y 1940, profundiza la reforma agraria y nacionaliza el petróleo. Por su parte en Perú se suceden cinco presidentes durante el año 1931, al tiempo que en Cuba la inestabilidad política llega a su clímax en 1933 y el sargento Baptista incursiona con el ejército, implantando el orden. Finalmente, en el Brasil florece el populismo metamórfico de Getulio Vargas, envuelto en una terminología "temientista", que se vuelve legendaria y hasta "mitológica".

EL NUEVO SISTEMA DEFENSIVO

A la etapa histórica del modelo nacionalista y revolucionario, corresponde la implantación del nuevo sistema defensivo latinoamericano. No se trata ya del potencial bélico local o nacional, sino de salvaguardar los intereses patrimoniales del imperialismo. El deterioro de las economías latinoamericanas, conducentes a un enfrentamiento cada vez mayor entre el pueblo y las burguesías nacionales dominantes, aliadas de las empresas multinacionales, lleva a los Ejércitos a plegarse a un sólo mando superior, con sede en Washington, y por lo tanto a convertirse en unidades tácticas subalternas. Es así que, dentro de esta perspectiva de defensa continental, toca a los ejércitos locales dedicarse a la preparación de los cuadros contrain-

surgentes, transformando sus objetivos militares nacionales en objetivos horizontales de clase, pero de aquella que corresponde a la máxima concentración del capital. Esta modalidad aparece concreta en los países latinoamericanos bajo las formas del colonial-fascismo.

Entre los teóricos socialistas, Trotsky sostiene que en las relaciones entre las metrópolis imperialistas y los países dependientes, es el imperialismo el que actúa en relación a estos países, como verdadero peligro fascista, desde fuera. Y por lo tanto, el antifascismo de los países latinoamericanos, es en esencia, antiimperialismo. Si el fascismo es una forma de gobierno desesperada del gran capital monopolista, es obvia la imposibilidad de un régimen fascista en un país dominado por el imperialismo. Ocurre más bien algo secular, en cuanto se produce una manifestación fascista en las semicolonias como prolongación de los métodos de control instaurados en los centros de poder. Para Trotsky, es bien sabido que cuando llega el momento en que los recursos policiales y militares "normales" ya no bastan para mantener el equilibrio de la sociedad, corresponde el turno al régimen fascista (en los países dependientes colonial-fascismo). La burguesía exige del fascismo una tarea completa, insiste en tener paz por largo tiempo (7). En el caso concreto de los países del cono Sur del continente, Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay, es "claro que la adaptación de un modelo fascista a una condición de dependencia de un centro externo metropolitano, lo convierte en colonial-fascismo" (8).

El mismo autor sostiene que, después de la victoria del fascismo, el capital financiero reúne en sus manos, directa o indirectamente, todos los órganos e instituciones de la soberanía: el poder ejecutivo, administrativo y educacional del Estado, todo el aparato estatal junto con el ejército, las municipalidades, las universidades, las escuelas, la prensa, los sindicatos y las cooperativas ... Esto significa, en primer lugar, que las organizaciones obreras son aniquiladas, que el proletariado es reducido a un estado amorfo y que ha sido creado un sistema de gobierno que penetra profundamente en las masas y sirve para frustrar la cristalización independiente del proletariado.

Por otra parte, el fascismo alemán, como el italiano, alcanza el poder sobre las espaldas de la pequeña burguesía, a la que transforma en ariete contra las organizaciones de la clase obrera y de la democracia. "Pero el fascismo en el poder no es en absoluto el gobierno de la pequeña burguesía. Por el contrario, es la dictadura más implacable del capital monopolista". El régimen fascista era un régimen de crisis social, económica y política extremas, de relaciones muy tensas entre las clases, que en último análisis provenían de un largo período de estancamiento económico durante el cual quedó reducido casi a cero el margen de discusión y negociación entre la clase obrera y la burguesía. Según Mandel, el régimen capitalista había llegado a ser incompatible con la existencia de un movimiento obrero más o menos independiente (9).

LOS EE. UU Y "EL GOLPE"

Superando el conflicto mundial con la derrota alemana, el centro metropolitano se vuelve al Norte. Entendido el "golpe" como una necesidad estratégica de los Estados Unidos, los ejércitos Latinoamericanos cumplen el papel de cancerberos de un orden "democrático" en el que deben permanecer indemnes los valores institucionales del sistema, las relaciones de intercambio y de producción que configuran una invariable división internacional del trabajo. Este control interno de la "democracia", a cargo de los ejércitos latinoamericanos, asigna al militarismo un rol político por encima del papel profesional. El hecho se explica a causa del control del mundo por las grandes potencias, la moderna tecnología armamentista de los hegemónicos y el papel secundario de los ejércitos de la periferia en un eventual conflicto mundial, descarta la posibilidad de que la



paz se interrumpa a este lado del Río Bravo. De esta manera, actuando los cuerpos castrenses en defensa del único régimen político aceptable, el democrático, al incursionar en la vida política nacional, aparecen defendiendo la seguridad hemisférica (10).

Las periódicas reuniones de la Conferencia Interamericana de Defensa, confirman en gran parte la existencia de acuerdos a nivel multinacional. El término de "guerra limitada", manejado por Washington para referirse al área de los países dependientes, donde se presume que no será usada la fuerza atómica y más bien el sistema "pentómico", es la muestra más acabada de la nueva estrategia.

Para el control de los movimientos populares de liberación, aparece esta fuerza contrainsurgencia con base en Fort Bragg, Carolina del Norte (Estados Unidos) con capacidad para movilizarse a cualquier parte del mundo (11).

Para viabilizar el control en el límite de las fronteras ideológicas, el Departamento de Estado ha suscrito una serie de tratados de seguridad con varios gobiernos latinoamericanos. Estos países, conforme a los cálculos del Pentágono, necesitarían de la asistencia de los Estados Unidos para dominar los movimientos populares nacionales. El Tcnl norteamericano Edward L. King, en retiro por negarse a combatir en Vietnam, sostiene, en un interesante estudio sobre el Ejército al que sirvió, que "la doctrina de la guerra limitada anticipaba que las fuerzas del Ejército ingresarían los países subdesarrollados para ayudar a contener la agresión comunista o las guerras regionales de liberación".

La perfección de la guerra limitada, con material bélico automatizado y formación "pentómica", corresponde a los burócratas del Pentágono. Los miembros del "Club Aerotransportado", Maxwell Taylor, John Medaris, los generales W. C. Westmoreland y Paul D. Adams, fueron ganados con la idea por las empresas fabricadoras de armas. De esta suerte, las fuerzas de infantería tendrían más poder que las descargas y bombardeos aéreos. El complejo militar-industrial del que se valen los hermanos Rockefeller para imponer sus designos, cuenta desde hace tiempo con el concurso de reconocidas "eminencias grises", cual es el caso del austriaco Oskar Norgenstern y el germano Henri A. Kissinger. Tanto Kissinger

como Edwar Teller, Charle J. Hitch, estos últimos verdaderos administradores del nazismo y de Hitler, son decididos partidarios del militarismo agresivo.

En el caso del Secretario de Estado Norteamericano, no sólo ha elaborado trabajos "científicos" sobre el futuro de la humanidad y la forma de mantener el equilibrio mundial, sino que primero John Kennedy y después Richard Nixon han aceptado sus planteamientos y los han puesto en práctica (12). El mismo Kissinger ante los miembros de la Cámara de Representantes, sostiene que es un error para los Estados Unidos exponerse a perder sus amigos tradicionales al continuar con el límite de 150 millones de dólares en lo que respecta a la compra de armamentos. La limitación es absurda una vez que Washington ha ingresado al "nuevo diálogo entre iguales" y América Latina -con excepción del Africa Subsahara- tiene el más bajo porcentaje en gastos de armamentos en relación con su producto regional bruto (13).

CONCLUSION

En conclusión, en el marco de las revoluciones latinoamericanas, el nacionalismo reformista, aceptado muchas veces como una alternativa viable de liberación, ha quedado reducido a un ensayo frustrante. La década del 1970 encuentra a casi todo el continente regido por la mano férrea del autoritarismo militar. Las contradicciones internas del sistema se agudizan por la presencia de las empresas trasnacionales, deformantes de la realidad social. Esta manifestación política demoburguesa, con sus fórmulas ambivalentes, multiformes, ha quedado anquilosada en la hora presente. Hoy América Latina vive su cuarta crisis política, equivalente al enfrentamiento de las burguesías nacionales y empresas multinacionales contra las fuerzas populares. La fuerza del embate social, sin embargo, ha dado lugar a que se desarrolle un nuevo sistema autoritario: el colonial fascismo, que corresponde al papel del ejército tutelar del sistema en los países dependientes. Militarismo que pretende formular su propia ideología política, como régimen de "excepción", pero que en los hechos no pasa de ser una variante del sistema mundial de dominación, adecuada al período de crisis que hoy enfrentamos.

- (1) Los factores condicionantes de la intervención militar los cita el escritor y político Jorge Abelardo en su Historia Política del Ejército Argentino, mas no precisa las causas coyunturales que determinan la intervención militar en la política nacional. Igual situación ocurre cuando habla de la naturaleza política del Ejército, pues la intervención de éste parece derivarse de factores más bien individuales, o de la rara identidad del Ejército con los anhelos populares, antes que de imperativos sociales claramente expresados mediante leyes.
- (2) Centenares de coroneles y generales fueron a los Estados Unidos de Norteamérica, y de ahí volvieron con diplomas y medallas otorgadas por: The Army Air Defense School, The Army Artillery and Missile School, Armor Officer Career C. Course, The Army Signal School, Parachute Packing, Maintenance and Aerial Delivery, Command and General Staff Office Course, Engineer Officer Career, Airborne Course, Infantry Officer Career Course, y Fort Gulick, en Panamá.
- (3) Orlando Albornoz, Ideología y Política en la Universidad Latinoamericana, Página 89, Caracas 1972.
- (4) André Gunder Frank, Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo, Página 83, Serie Popular Era, México 1971.
- (5) D.F. Zavala, Los Mecanismos de la Dependencia, Página 29, Fondo Editorial Salvador de la Plaza, Caracas 1973.
- (6) La administración de Busch tiene dos períodos distintos. En la

primera etapa gobierna en común acuerdo con la oligarquía, y en la segunda rompe con ésta. Busch muere 77 días después de su célebre decreto de 1939 sobre el control de las divisas mineras por el Estado, a unas semanas de haber recibido una histórica carta de Patiño (el magnate del estaño) para que vuelva sobre sus pasos, siete días antes del inicio de la segunda Guerra Mundial.

- (7) León Trotsky, El Fascismo, Edifraf, Buenos Aires, 1972.
- (8) Helio Jaguaribe, Brasil: ¿Estabilidad social por el Colonial Fascismo?, Brasil Hoy, Siglo XXI Editores, 1968.
- (9) Ernest Mandel, Introducción a la Teoría Económica Marxista, Serie Popular Era, Página 79-80, México 1973.
- (10) Norberto Ceresole, El Nacionalismo Militar Latinoamericano, El Papel Político y Social de las Fuerzas Armadas en América Latina, Monte Avila Editores, Caracas, 1970.
- (11) "Organización Pentómica es la doctrina por la cual la división convencional de infantería del Ejército pasa a ser una fuerza de tres regimientos, cada uno de los cuales conteniendo tres batallones, integrados a su vez por cinco grupos de batalla". Edward L. King, La Muerte del Ejército, Página 78, Editorial Granica, Buenos Aires, 1973.
- (12) Victor Perlo, Militarismo e Industria, Editorial Grijalbo S. A., México, 1967.
- (13) Kissinger Apoya Venta de Armas a Latinoamérica, "El Mundo", 5 de junio de 1974, Caracas, Venezuela.

